

Aquella buena mujer

seudónimo: **DELICADEZA**

Tuvo el empeño caprichoso, a la media hora de casarse, de que su mujer tuviese unos pechos más grandes que los hermosos y rotundos que ya tenía, y, como no hubo forma de persuadirle de lo contrario, y no sólo lo quería, sino que lo quería ya, al día siguiente de celebrar sus esponsales hubieron de viajar a otra ciudad a colocarle unas prótesis de silicona. Fue su regalo de boda.

Era una mujer algo tosca, pero buena, abierta, simpática y expansiva; alta, fuerte, robusta, bien plantada, amplia de curvas, de femineidad generosa. Era rubia, bien es cierto que de un tinte indisimulable. Una flamenca. Robusta y rozagante. Había sido —durante los años en que fue más bella— trabajadora del sexo, y este hombre la retiró, justo cuando su cuerpo comenzaba a evidenciar el paso del tiempo y a tiempo aún de tener un chiquillo, que era lo que ella quería. Así que se casó, —si no enamorada, sí agradecida, "*¡qué vas a hacer, niña, a ver!*"—, con un hombre simpático hacia el exterior, pero rudo, grosero y bruto en casa desde el primer día, que se ocupó fehacientemente de que no fuese a olvidarse nunca de sus orígenes y reclamaba de modo habitual el agradecimiento que creía merecer. Aun así, y a pesar de que la violencia física tampoco se hizo esperar, la ilusión de hogar y normalidad llenó los primeros meses de vida en común —al fin y al cabo, "*qué mujer no recibía una bofetada de vez en cuando*", argumentaba ella— lo que, unido a la llegada del hijo, la mantuvo un periodo rondando no la felicidad, desde luego, en la que, por otra parte, era demasiado lúcida para creer, pero sí, al menos, alguna extraña sensación cercana, tal vez, a la estabilidad que no había encontrado nunca antes en la calle. Un inmenso lugar común le servía para guarecerse de los problemas que la relación tuvo desde que se inició: "*los hombres, niña, ya irás viendo cómo son, pregúntaselo a tu madre, eh, ¿a que*

sí?, ya se sabe, ¡ay!, si es lo que yo digo, que qué pena que haya que parirlos, y qué vas a hacer, niña, ¿no te parece?, ¡a ver...!"

El marido era un hombre de un hedonismo muy primario para quien sólo había dos cosas en la vida: comer y sexo, y ambas cosas *a esgarra*. Era insaciable. El criterio era exclusivamente cuantitativo, despreciando absolutamente cualquier forma de elaboración, tanto en la mesa como en la cama. El matrimonio supuso para ella añadir a la obligación por la noche en la cama y el deber de la cocina durante el día, y, ambas cosas, realizadas profusamente y bajo intensas formas de presión que rozaban habitualmente la violencia. Así como la asunción de la gerencia de los escasos ingresos que él aportaba en casa para que le permitiesen hacer frente a las amplias necesidades gastronómicas del cónyuge, de modo que siempre estaba debiendo y haciendo notas en la tienda de enfrente, en la carnicería, en la pescadería... para poder llegar comiendo a fin de mes mientras el marido daba cuenta de la mayor parte de su salario en los bares.

Los días que bebía eran los peores, porque el marido, en su ebriedad, dejaba asomar sin inhibiciones una fiera faceta de bárbara crueldad que iba más allá de la simple violencia. Eran esas las noches en que le destrozaba los pechos, sólo los pechos, y no voy a entrar en el ritual ni en los detalles dolorosos de procedimiento, argumentando que, al fin y al cabo, eran suyos, puesto que él los había pagado, y, en consecuencia, podía hacer con ellos lo que le diese la gana.

Estuvo bien dejar la calle, pensaba siempre, y tardó unos pocos años en darse cuenta de que lo que tenía en casa, aun siendo muy diferente, tampoco resultaba ser tan distinto, de modo que el día que se levantó de la cama por la mañana y notó que llevaba mucho tiempo sin querer enterarse demasiado de que se sentía extrañamente prostituida y especialmente humillada, y demasiado de que encontraba su cuerpo raro, ajeno, inadecuado, lo que nunca le había sucedido en los tiempos en que hubo de ganarse la vida haciendo uso de él, pensó que tenía que hacer algo, pero a ver qué.

La vida, a veces, se comporta como un juego de azar del que uno participa por más que no quiera. Y, al igual que la lotería, a veces también arregla problemas. Al final, le pusieron a régimen. Toda una vida de rutinas sedentarias, culto al tocino y abuso del morapio habían acabado por hacer mella en su organismo, que pingaba entonces de impotencia y rebosaba colesterol, triglicéridos y azúcar en la sangre. El médico fue tajante. La situación era de riesgo.

Él, que nunca había sido afable ni simpático, se convirtió aún en más intratable, se dejó de lleno de irritabilidad, de modo habitual y se perdió para siempre en los dominios de la intimidación, el terror y la agresión. Todos los días, había gresca a las horas de las comidas, lo que frecuentemente acabada en violencia física, ya no hacía falta que bebiese para que arremetiese contra sus pechos, y los masacraba sólo porque no quería legumbres sin chorizo, ni carne a la plancha sin patatas fritas, ni pescado cocido, ni fruta, ni pan integral. ¡tantas palizas!

Empezó, además, a apabullar, hostigar y vapulear al hijo.

Y ella decidió que por ahí no pasaba. Pensó que si quería morirse, ¡allá él!, y que por qué no, y que ella podía ayudarle, y que, al fin y al cabo, nunca la había tratado bien, y que si se moría le dejaba la pensión, y que quién le iba a toser a ella, con el hijo ya medio criado, cobrando la viudedad, y que qué pintaba él en este mundo si estaba todo el tiempo avinagrado, y que ella aún podía tener unos buenos años por delante, y que nunca había estado bien con él, y que su existencia a su lado había sido... ¡¡¡susto cuando pensó en esto!!!, así que apartó el pensamiento de su cabeza, y que su hijo no iba a ver más de lo que ya había visto, y que no tenía por qué vivirlo. Y le anunció que iba a volver a darle buenos cocidos, buenas chuletas, buenos chorizos, y que pensaba prepararle torreznos para el desayuno, que ya sabía cuánto gozaba con el unto, y que iba a volver al mercado los lunes a comprar hogazas lebaniegas, de las que tanto le gustaban, y que iba a retomar la costumbre de encargar leche de las vacas de su pueblo, y que iba a hacer otra vez mantequilla y nata, porque pensaba volver a dedicarse a la repostería, que ya

sabía que era muy goloso, y que iba a hacer todo eso sabiendo que no era bueno para él, pero a ella no le venía mal y le gustaba muchísimo la leche entera en vez de la desnatada que se había avenido a tomar para hacerle más llevadero el régimen, y que ella ya no estaba dispuesta, y que ahora era él el que tenía que pedirle comida de régimen si quería comer comida de régimen, y que valorase en cuánto apreciaba su propia vida, y que si se lo pidiese ella se lo haría, pero que si no se lo pedía expresamente, ella iba a darle cocidos, los cocidos llenos de que él reclamaba a diario, y que procurase tomar una decisión rápido, porque había perdido el miedo, pero no quería perder el tiempo, así que, le dijo, cuanto primero acabemos con esta historia, mejor para los dos.

No debió de entender bien el marido el verdadero significado de estas últimas palabras.

Cuando enviudó —en poco tiempo— me contaba que había pensado en ponerle un epitafio en: "Aquí yaces y yaces bien, que tú descansas y yo también". Pero que no lo había hecho por respeto al hijo, ¡a ver!

Esto me lo decía mi abuela: "No te cases".

No le hice que caso.